

Víctor García de la Concha

LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA
VIDA E HISTORIA



REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

300 AÑOS

Víctor García de la Concha



LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA
VIDA E HISTORIA



REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

© Víctor García de la Concha, 2025
© Espasa Libros, S. L. U., 2014
© Editorial Planeta, S. A., 2025
Espasa es un sello de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
www.planetadelibros.com
www.espasa.es

Primera edición: junio, 2014
Primera edición en esta presentación: septiembre, 2025

Diseño de interiores y cubierta: Sánchez / Lacasta

Imágenes de interior: Archivo Real Academia Española y Archivo Espasa.
Retrato del autor (solapa): Hernán Cortés. Fotografía de Cuauhtli Gutiérrez.

Preimpresión: Safekat, S. L.

ISBN: 978-84-670-7824-4
Depósito legal: B. 11.517-2025

Impreso en España - *Printed in Spain*
Impresión: Huertas, S. A.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro, o de cualquiera de sus partes, con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



Índice

PRESENTACIÓN	13
--------------	----

I

UNA ACADEMIA NACIDA DE SÍ MISMA	17
El humanista excepcional	18
Una tertulia de <i>novatores</i>	20
Proceso fundacional de la Real Academia Española	34
Academia y académicos en controversia	44
La gesta del <i>Diccionario</i>	49
<i>Diccionario de autoridades</i>	53
Maestra, no: juez	57
Manos a la obra	59
Cuadro de honor	69
Mejorar <i>Autoridades</i>	71
Necesidad de la <i>Ortografía</i>	73

II

PRIMER IMPULSO REFORMISTA	81
Luzán y su proyecto de nueva Academia	82
Cambio de ciclo	85
La <i>Poética</i> : un intento fallido	90
La construcción de la <i>Gramática</i>	92
Expulsión de los jesuitas, reformismo ilustrado y jansenismo español	99
Del <i>Diccionario de autoridades</i> (1770) al <i>Diccionario usual</i> (1780)	108
Una edición cargada de significados	114
Al trasluz de los premios: norma y libertad	121
El proyecto de Iriarte y Floridablanca	129
... La Academia sigue su paso reformista	130
Formación de la Biblioteca académica	134

III

CONTINUIDAD EN TIEMPOS CONVULSOS	139
Vísperas de convulsión	140
Tiempo de guerra. Patriotas, afrancesados y algo más	142
La Academia, contra viento y marea	149
El proyecto josefino	153
La Academia Española en las Cortes de Cádiz	154
Servir al honor de la Nación	157
Acecha el peligro	162
Continuidad y aviso de una «trampa»	164
... y jura la Constitución de 1812	169
Nuevo retroceso. Indicios de esperanza	176
América pide la palabra	180

IV

HACIA UNA REFUNDACIÓN	189
Renace la Academia. La reforma del marqués de Molins	190
Renovación de los <i>Estatutos</i>	196
Un proyecto educativo	198
Nuevos <i>Estatutos</i> y <i>Reglamento</i>	202
Un ambicioso plan de trabajo	203
Homenajes a Lope de Vega y Cervantes	205
En busca de los restos mortales	208
Balance de un proyecto	212
La Real Academia y «la Gloriosa»	216
América y España van al encuentro: nacimiento de las Academias correspondientes	218

V

DEL CONDE DE CHESTE A ANTONIO MAURA	229
Un <i>Diccionario</i> renovado	230
Nueva sede, gran sede	233
Hacia una <i>Gramática</i> más normativa y un <i>Diccionario</i> más abierto	238

De elecciones. Secretos de cónclave	242
Gómez de Avellaneda	243
Galdós	250
Menéndez Pelayo	254
Pardo Bazán	258
Azorín	259
Un nuevo esfuerzo filológico	262

VI

DE MENÉNDEZ PIDAL A MENÉNDEZ PIDAL	269
El proyecto del <i>Diccionario manual</i>	270
Primo de Rivera y los académicos regionales	272
La «joven literatura» va a la Academia	279
Primer <i>Diccionario histórico</i>	280
Los desastres de la guerra	281
El camino hacia la libertad	291
Segundo <i>Diccionario histórico</i>	297
Nace la Asociación de Academias de la Lengua Española	301
De 1870 a 1951: un nuevo marco de relación entre las Academias	305
II Congreso: reivindicación de la unidad	310
III Congreso: dimensión jurídica internacional	
de la Asociación de Academias	312
Nuevas normas de Prosodia y Ortografía	313

VII

DE DÁMASO ALONSO A FERNANDO LÁZARO	321
<i>Esbozo</i> de una nueva <i>Gramática</i>	322
... Y después del <i>Esbozo</i> , ¿qué?	325
Adaptación estatutaria	329
Castellano o español	330
Apertura a la sociedad: la Asociación de Amigos	332
Sigue la tradición: publicaciones y premios	335
La Casa de Lope de Vega, más cerca	337
Nuevos <i>Estatutos</i> para una nueva Academia	340
Rehabilitación de la sede	343

Trabajos académicos, rumbos distintos	346
Modernización tecnológica	349
Avanzando hacia la unidad	353
Fundación pro Real Academia Española	354

CRÓNICA

LA CONSTRUCCIÓN DE UNA POLÍTICA PANHISPÁNICA	359
En pie de igualdad	362
Necesidad de un nuevo método de trabajo. De la <i>colaboración</i> puntual a la <i>participación</i> de pleno derecho	368
Unidad en la diversidad	371
<i>Diccionario panhispánico de dudas</i>	371
Una <i>Gramática</i> nueva	373
Nueva edición de la <i>Ortografía</i>	379
<i>Nuevo diccionario histórico</i>	381
<i>Diccionario de americanismos</i>	383
Línea escolar panhispánica	385
Corpus del Español del siglo XXI	386
Ediciones conmemorativas y <i>Biblioteca Clásica</i>	387
Colofón	388

SÍNTESIS DE LA VIDA E HISTORIA	
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA	390
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	421
PUBLICACIONES DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA	436
ÍNDICE ONOMÁSTICO	454
CUADERNILLO FOTOGRÁFICO	465

I

UNA ACADEMIA NACIDA DE SÍ MISMA



Marqués de Villena. Era el título que habían honrado, entre otros miembros de estirpe regia, dos grandes escritores medievales: el infante don Juan Manuel, nieto de Fernando III el Santo, y don Enrique de Aragón. Enrique IV de Castilla se lo había otorgado en 1445 a don Juan Fernández Pacheco, quien más tarde sería también maestro de Santiago (1467) y duque de Escalona (1472), y se convertiría en el noble más poderoso. Sus sucesores, siempre en la órbita de la Corona, fueron acumulando nuevos títulos y servicios, toisones de Oro y virreinos en España y en Nueva España¹.

EL HUMANISTA EXCEPCIONAL

Don Juan Manuel Fernández Pacheco, octavo marqués, había nacido en 1650 siendo su padre virrey de Navarra. Huérfano muy niño, tuvo como tutor a su tío, el obispo de Cuenca don Juan Francisco Pacheco, un universitario alcalaíno que había logrado reunir una magnífica biblioteca, que después le legaría y que él iría enriqueciendo con la incorporación de otras bibliotecas nobiliarias bien dotadas de autores de la *nueva ciencia*. A los libros se añadían, además de excelentes pinturas, numerosos aparatos científicos: globos terráqueos, anteojos de larga vista, microscopios, astrolabios, brújulas y mapas, muchos mapas. En ella fue labrando la personalidad de «hombre prácticamente sabio», ideal de la nobleza de fines del siglo XVII que se postulaba como protagonista de la restauración política y económica de la monarquía².

Fray Juan Interián de Ayala certificó en la oración fúnebre pronunciada en sus exequias que «raro fue el excelentísimo marqués en esta noble parte de doctrina y sabiduría. La lengua latina, bien contra el estilo o la corrupción de estos siglos, la sabía, siendo tan gran señor, con la perfección que fuera necesaria, si en ella hubiera de dar a luz escritos, que hubiesen de celebrar los más remirados y más doctos. De la lengua griega tuvo algunas noticias, que otro no se embarazara en llamarlas principios de las vivas y comunes en Europa, cuales son la italiana, la francesa, y otras, llegó a lo más eminente de sus cumbres. De la alemana y de la turca adquirió algo más que rudo y superficial conocimiento. Ni tampoco contemos a la historia así secular, como eclesiástica, en medio de haber sido tan consumado y aún casi tan comprehensivo profesor de ella este grande príncipe [...]. Sabía con eminencia la Matemática y la Geografía [...]. La Sagrada Escritura sabía con noticia y comprehensión más que lega y aún de la Filosofía y Teología tenía ciertas especies, que eran algo más que principios»³.

Esta formación de base e intención enciclopédica se enmarca en los intereses de la cultura española del último cuarto del siglo XVII y,

aunque el marqués, fiel a la tradición familiar, maridó en su vida activa armas y misiones políticas, jamás dejó de actualizar sus conocimientos: la nobleza encontraba entonces en las novedades científicas un modo de representar su condición egregia y su capacidad para renovar la monarquía. No logró participar en la defensa de Viena cuando los turcos la cercaron, pero sí en la de la ciudad húngara de Buda cuando la atacó Leopoldo I; allí murió a su lado el duque de Béjar y quedó él malherido en el pecho. El rey Carlos II le concedió a su regreso el Toisón de Oro y lo nombró general de la caballería de Cataluña, donde se luchaba con Francia. Fue después, sucesivamente, embajador extraordinario en Roma, virrey de Navarra, de Aragón y de Cataluña, donde, por cierto, no le fue favorable la fortuna en la batalla contra el mariscal de Noailles en Torroella de Montgrí, a orillas del Ter (1694).

Volvió entonces a Castilla, a su vida familiar y al estudio y conversación con los cultos. De esa época data, por ejemplo, su relación amistosa con Lucas Jordán, que le regaló diez bocetos de los frescos de El Escorial⁴. Fue también en ese momento, seguramente, cuando comenzó a frecuentar en Madrid la tertulia del duque de Montellano⁵, en la que, según un informe inquisitorial, circulaban libros prohibidos, y que contó con la asistencia, entre otros, de Macanaz y Álvarez de Toledo⁶. No se desentendió, naturalmente, de la política de Estado y, a la muerte de Carlos II, tomó partido de manera decidida por la Casa de Borbón. El 29 de noviembre de 1700, recién fallecido el rey, escribía a Luis XIV de Francia explicando la lastimosa situación de España:

El actual estado del reino era el más lastimoso del mundo, porque el débil Gobierno de los últimos reyes y la baja adulación de servidores y ministros habían producido un horrible desorden en los asuntos, la justicia abandonada, la policía descuidada, los recursos agotados, los fondos vendidos, la religión disfrazada, la nobleza confundida, el pueblo oprimido, las fuerzas enervadas, el amor y el respeto al soberano perdidos⁷.

Por consejo del marqués se reunieron en San Jerónimo el Real de Madrid las Cortes generales, que juraron fidelidad al nuevo rey, el joven Felipe V. El monarca lo premió nombrándolo virrey de Sicilia y, enseguida, de Nápoles. Allí vivió seis años fructíferos, aparte de la gestión política, en el orden cultural; se hizo, por ejemplo, amigo y protector del filósofo Giambattista Vico⁸, enriqueció su biblioteca y conoció de cerca las Academias literarias, en particular la de la Crusca. Todo se truncó cuando el duque de Saboya, suegro de Felipe V, abrió las puertas de la Italia meridional a las tropas imperiales que, muy superiores en número, arrasaron con rapidez a las españolas. Se refugió el virrey en la plaza de Gaeta y allí fue hecho prisionero por el conde de Thaum, general austríaco, quien lo humilló conduciéndolo en carroza descubierta, para vilipendio público, al castillo de San Telmo, donde permaneció cargado de grilletes que, según cuenta Saint-Simon en sus *Memorias*, le deformaron las piernas. Siguió cautivo en Baya y Pizzighitone. Lo salvó de la muerte su hijo, el conde de San Esteban de Gormaz, que, al vencer en la guerra de Sucesión en Brihuega (1711) y hacer prisioneros a dos generales aliados, logró permutarlos por su padre.

Fue en 1711. El rey Felipe V, considerando que el marqués era viudo desde hacía muchos años y atendiendo a su acentuada religiosidad, quiso hacerlo arzobispo de Toledo. No lo logró. Dos años más tarde, a la muerte del condestable de Castilla, lo nombró su mayordomo mayor, dispensándole de la obligación de asistirle en todo momento.

UNA TERTULIA DE NOVATORES

Desde su llegada a Madrid en 1711 había abierto don Juan Manuel Fernández Pacheco la biblioteca de su palacio madrileño de la plaza de las Descalzas a una tertulia que pronto se convertiría en el núcleo fundamental de la Real Academia Española.

Recuerda el padre Batllori que las academias literarias que, evocando las reuniones platónicas del jardín de Akademos habían proli-

ferado en el Renacimiento, se fueron interesando de manera progresiva en el Barroco por cuestiones científicas⁹. En la famosa academia valenciana de los *Nocturnos* se ocupaban, por ejemplo, de las matemáticas —que entonces abarcaban buena parte de las ciencias—, la medicina y la música, y, lo que a nuestro propósito puede interesar más, de los fallos lingüísticos «por el uso inadvertido y común de los hombres».

Hacia 1680, e incluso antes según algunos estudiosos¹⁰, coincidiendo con una ligera mejoría económica, surge en España un movimiento intelectual de apertura a Europa, ecléctico en su configuración, pero decidido a dar la espalda a la filosofía aristotélica que aherrojaba cualquier dinamismo social, a introducir las nuevas corrientes de pensamiento, a adoptar el método crítico en la interpretación de textos y en la construcción histórica, así como a incorporar y propagar los avances de la ciencia experimental¹¹. La «nueva mirada» se extendía a los distintos campos del saber y de la creación, que se ven imbuidos de una actitud polémica que lleva a cuestionar las certidumbres establecidas y a abogar por una renovación en todos los órdenes¹². Quienes compartían esos postulados tenían conciencia de grupo y, aunque poco numerosos, encarnaban el espíritu de modernidad que fraguará a lo largo del xviii¹³. El movimiento, que se desarrolló sobre todo en la periferia, en concreto en Valencia, suscitó una reacción ultraconservadora, pero sus protagonistas asumieron con gusto el calificativo de intención peyorativa con que el padre Palanco, un escolástico acérrimo, pretendió motejarlos en su *Dialogus physico-theologicus contra philosophiae novatores* (1714)¹⁴. Novatores venían siendo llamados, en efecto, desde mediados del siglo xv, los amigos de novedades contrarias al sistema¹⁵.

En Valencia, recuerda Álvarez de Miranda, funcionaban a fines del xvii las tertulias —vocablo que, tal como explicará el *Diccionario de autoridades*, significaba desde mediados del siglo xvii ‘reunión de literatos’—, como la del conde de Alcudia, llamada también *Academia del Carrer del Bisbe*, en la que desde 1685 se hablaba de filosofía moral, jurisprudencia, perspectiva, meteoros y arquitectura militar;

la del marqués de Villatorcas, desde 1690, que se ocupaba de poesía y música, de matemáticas y política; o la reunida por Villatorcas hijo y pronto animada por Manuel Martí, futuro deán de Alicante y figura clave tanto del movimiento novator como del panorama cultural español. Tuvo, sin embargo, la mayor importancia científica la que se celebraba en casa del matemático Baltasar Íñigo desde 1686. Trataba de «todo género de ciencias» y, según testimonio del insigne Corachán, sus componentes pensaban «formar en ella un remedo de las Academias de las Naciones», vale decir, de la Francesa, por ejemplo. Así se lo comunica, en carta sin fecha, al padre Petrey, jesuita francés que era profesor de matemáticas del Colegio Imperial de Madrid.

En 1686 Juan de Cabriada, un médico de origen converso, lanzará en su *Carta filosófica médico-chímica*, considerada el manifiesto de los novatores, la primera propuesta para crear «en una corte del rey de España una Academia Real, como la hay en la del rey de Francia, en la del de Inglaterra y en la del señor emperador»¹⁶. Pensaba en el progreso del conocimiento de las cosas naturales ya que, decía, solo se adelanta por los experimentos físico-químicos, y a lograrlo exhortaba a los señores y la nobleza. Tardaría diez años en empezar a reunirse en Sevilla (1697), una tertulia que, tras la aprobación de sus Constituciones por Carlos II en 1700 —poco antes de morir— y su posterior reconocimiento por cédula real de Felipe V en 1701, se convertiría en la primera institución científica oficial de España con el nombre de Regia Sociedad de Medicina y demás Ciencias de Sevilla, siguiendo el modelo de la Royal Society de Londres (1662).

No faltaron tampoco tertulias de novatores en Madrid. En su extensa «Censura» a los *Diálogos filosóficos en defensa del atomismo*, del padre Juan de Nájera (1716)¹⁷, escribe Diego Mateo Zapata, médico también de origen converso que tropezaría con la Inquisición y fundador, junto con Muñoz y Peralta y Cabriada, de la Regia Sociedad de Medicina y demás Ciencias de Sevilla:

Volviendo a lo que inconsolablemente siente el padre Palanco [1714], se haya introducido esta nueva filosofía en España, y así en el activo, sutil,

pronto y comprehensivo ingenio de los españoles, puedo asegurar que desde el año de 87 que entré en la corte había en ella las públicas célebres tertulias que ilustraban y adornaban los hombres de más dignidad, representación y letras que se conocían, como eran el excelentísimo señor marqués de Mondéjar; el señor don Juan Lucas Cortés, del Consejo Real de Castilla; el señor don Nicolás Antonio, cuya sabiduría, erudición y inteligencia parece que llegó más allá de lo posible, como lo acredita su grande Bibliotheca Hispana...¹⁸.

Fueron precisamente historiadores como estos últimos —el marqués de Mondéjar, Juan Lucas Cortés y Nicolás Antonio— quienes abrieron camino a lo que iba a constituirse en una de las principales tareas de la Ilustración: el criticismo que arrumbaría las falsedades sustentadas en cronicones apócrifos donde se propalaban tradiciones religiosas e históricas muy difundidas en el pueblo¹⁹.

En 1785, Sempere y Guarinos, a la sazón secretario de don Felipe López Pacheco, marqués de Villena descendiente de don Juan Manuel Fernández Pacheco, escribía en su *Ensayo de una biblioteca española*:

Había también en la corte [de Felipe V] un Grande de España cuyas luces y modo de pensar se conformaban mucho con el del soberano. Este era el excelentísimo señor don Juan Fernández Pacheco, marqués de Villena, muy conocido fuera de la Península por su relación con la Academia de Ciencias de París, de la que era individuo, y por su comunicación con muchos sabios de Europa. Su instrucción no se reducía a los conocimientos de que debiera estar adornado todo noble. La lengua griega y demás ramos de las Buenas y Bellas Letras, las Matemáticas y hasta la Medicina, la Botánica, la Química y la Anatomía merecieron el cuidado de su aplicación. En Escalona, pueblo de sus estados, hay una torre que llaman de la Química, acaso porque la tenía destinada para las experiencias y observaciones de aquella ciencia, y se conservan en ella todavía muchas hornillas y varios instrumentos [...].

A los buenos oficios de este sabio se debió la fundación de la Academia Española de la Lengua [sic], y le hubiera debido España la entera restauración de la Literatura si hubiera llegado a efectuarse el gran

proyecto que tenía formado de una Academia general de Ciencias y Artes. He tenido el gusto de ver algunos apuntamientos escritos de su mano sobre este utilísimo pensamiento, en el que parece se había propuesto seguir por la mayor parte la división de las Ciencias del barón de Verulamio²⁰.

Queda ahí claro —y no olvidemos que quien escribe tenía acceso al archivo familiar— el propósito de crear una Academia universal. *Literatura* significaba por entonces, según la definición del *Diccionario* de Terreros, ‘doctrina y conocimiento profundo de las *letras o ciencias*’ (1767). En la dedicatoria que del libro hace a López Pacheco, aclara Sempere que

Para esto atrajo [don Juan Manuel] con su liberalidad y protección a los pocos literatos más acreditados que había en nuestra corte; formó una Junta académica, en la que al principio se trataba de varios asuntos de *Literatura*; y persuadido de que la basa de la ilustración es el estudio de las Buenas y Bellas Letras, pensó en la erección de una Academia cuyo instituto fuera el perfeccionar la lengua española.

Como más adelante veremos, a lo largo del siglo XVIII —también en el XIX— iremos encontrándonos con proyectos análogos a este inicial de Villena, abiertos a la universalidad de los saberes²¹. Todos tendrán un marcado carácter nacional y se propondrán como objetivo la ilustración de España. Sobresale así, por ejemplo, más allá del ámbito madrileño, en el caso de la Academia Valenciana fundada por don Gregorio Mayans, que, según este, «debe ser una oficina de hombres que, en todas las artes necesarias y ciencias provechosas, representen, enseñen e ilustren las cosas de España». «Aunque tiene el nombre de Valenciana [—añade—], porque los académicos se juntan en la ciudad de Valencia, propiamente es Española por el fin a que está destinada»²². Y, conscientes sus promotores de las dificultades de ese tipo de empresas, buscaron el patrocinio regio, que, al tiempo que sanciona y respalda la oportunidad de la iniciativa, podía encauzar la acción en referencia a la Corona, en la que se residencia

la honra de la Nación. Tal como decía Cabriada, se piensa que han de ser la nobleza y los señores quienes protagonicen ese servicio. Estaba todavía lejos el tiempo en que las clases burguesas pudieran tomar el relevo de esa iniciativa social.

Con la mirada puesta en el objetivo primero —promover una Academia universal de Ciencias y Artes—, el marqués de Villena invitó a su tertulia a un grupo de personas que en la «Historia de la Academia» redactada por Casani aparecen como avaladas por su rango y sus cargos:

El doctor don Juan de Ferreras, cura propio de la parroquial de San Andrés de esta villa, examinador sinodal de este Arzobispado, teólogo de la Nunciatura, calificador del Supremo Consejo de Inquisición, y su visitador de Librerías, hoy bibliotecario mayor de su majestad.

Don Gabriel Álvarez de Toledo y Pellicer, caballero del Orden de Alcántara, secretario del rey nuestro señor, oficial de la Secretaría de Estado, y primer Bibliotecario de su Majestad [...].

Don Andrés González de Barcia: hoy del Consejo de su majestad en el Supremo de Guerra.

El Padre Maestro fray Juan Interián de Ayala, del Claustro, y catedrático, primero de regencia de Filosofía, y después en propiedad, y jubilado en la de sagradas lenguas en la facultad de Sagrada Teología de la Universidad de Salamanca, predicador y teólogo de su majestad en la Real Junta de la Concepción, padre de la provincia de Castilla del Real y militar Orden de nuestra Señora de la Merced, Redención de Cautivos.

El Padre Bartolomé Alcázar, de la Compañía de Jesús, maestro de erudición en el Colegio Imperial de esta corte, y cronista de su Religión [...].

El padre José Casani, de la Compañía de Jesús, calificador del Supremo Consejo de Inquisición, su visitador de Librerías, y maestro de Matemáticas en el Colegio Imperial.

Don Antonio Dongo Barnuevo, bibliotecario de su majestad, y oficial de la Secretaría de Estado²³.

Hasta ahí los que venían asistiendo desde 1711 a la tertulia semanal del marqués en el palacio de la plaza de las Descalzas. Cuando se

fue esbozando la idea de crear una Academia —mes de junio de 1713— acordaron llamar a:

Don Francisco Pizarro, marqués de San Juan, caballero del Orden de Calatrava, y mayordomo de la reina nuestra señora: hoy su primer caballero.

Don José de Solís Gante y Sarmiento, marqués de Castelnovo y Pons, caballero del Orden de Calatrava; después conde de Saldueña, y hoy duque de Montellano.

Don Vincencio Squarzafigo Centurión y Arriola, señor de la Torre del Pasaje en la provincia de Guipúzcoa²⁴.

En una consideración general y desde una perspectiva histórico-literaria, Rafael Lapesa pudo escribir que «la Española surgió en un momento de postración, cuando hacía más de tres décadas que la espléndida producción literaria inaugurada por Garcilaso había quedado clausurada por la muerte de Calderón. En 1713-1714 el mundo de las letras españolas apenas contaba sino degenerados epígonos en el teatro y barroquismo ramplón en la poesía, la prosa y la oratoria sagrada [...]. Los hombres de letras que se agruparon en torno al marqués de Villena [...] no eran grandes poetas, novelistas, ni dramaturgos; solo uno de ellos [se refiere a Gabriel Álvarez de Toledo] figura en las historias literarias como autor de poemas estimables; otro como historiador; los demás eran modestos eruditos que aprendieron lexicografía a fuerza de practicarla»²⁵.

Constituye un frecuente error de perspectiva juzgarlos en función de sus cargos o desde el estricto campo de su preparación para la lexicografía o su autoridad en la creación literaria. Villena los consideraba *literatos* de artes y ciencias destacados en su momento. Una aproximación más detallada y, sobre todo, una contextualización de época cultural, permiten otra valoración.

Así, don Juan de Ferreras, leonés de la Maragatería, además de relevante eclesiástico, era un reconocido intelectual y, en concreto, un historiador novator. Había rehusado la mitra de Zamora y, como

buen discípulo del marqués de Mondéjar entroncado en las corrientes historiográficas europeas, debeló los falsos cronicones y defendió el principio crítico de Mabillon, según el cual, sin una base de documentos fidedignos, no hay hecho histórico. En los dieciséis tomos de su *Synopsis histórica chronológica*²⁶, que sería traducida al francés y al alemán, negaba la veracidad de la tradición del Pilar de Zaragoza en páginas que la Inquisición, de la que él mismo era calificador, le obligó a retirar. Motejaba de dolosas muchas crónicas medievales y para resolver el problema de autenticidad de los restos del apóstol Santiago en Compostela adoptó el criterio complementario de la verosimilitud²⁷. Otro gran historiador, el padre Masdeu, no dudará en equiparar la obra historiográfica de Ferreras, que pronto iba a suscitar la réplica de los *antinovatores*, con la del padre Mariana. Pero el reconocimiento y los elogios más significativos le vendrían de mano de Ignacio de Luzán, quien en su discusión con los jesuitas de Trévoux que en sus *Memorias* negaban el valor de la tradición cultural de España, aduce, como veremos, un nombre que por sí solo valdría para defenderla: el de Ferreras.

A Gabriel Álvarez de Toledo le dedicaban hasta hace pocos años las historias de la literatura contadas líneas anotándolo como poeta menor. Pero la investigación más reciente nos ha hecho ver que sin sus planteamientos literarios, que emparentaban con los del académico Interián de Ayala, «no se habría conservado, ni aun en círculos limitados, nada del espíritu clásico español [...], del espíritu poético del siglo xvi, que después sería el fundamento de la *restauración* dieciochesca neoclásica de la poesía española, pues ni los poetas del setecientos, ni después los románticos, reconocieron nunca más que un Siglo de Oro, que fue naturalmente el Quinientos»²⁸. Hoy vemos a Álvarez de Toledo, cuyas *Obras póstumas* publicó Torres Villarroel en 1744, como uno de los buenos poetas del Setecientos.

Nacido en Sevilla, se estableció en la corte bajo la protección del duque de Montellano —entonces presidente del Consejo de Castilla—, de quien fue secretario personal. Ambos pertenecieron a la Academia barcelonesa de los *Desconfiados* en su corta etapa inicial

(1700-1703). Su promotor, don Pablo Ignacio de Dalmases, presenta algunas afinidades con los novatores, reflejadas, según Álvarez de Miranda, tanto en su biblioteca como en sus contactos²⁹. En ese ambiente se consagró Álvarez de Toledo al estudio de la filosofía, la teología y la historia. Y, probablemente, conectó con Villena en la tertulia promovida por el Montellano, a la que asistió el marqués. Firme defensor de la causa borbónica, fue oficial de la Secretaría de Estado, secretario del rey y primer bibliotecario mayor de la Real Librería, después Biblioteca Nacional³⁰.

El mismo año de la fundación de la Academia publicó una *Historia de la Iglesia y del mundo, que contiene los sucessos desde su creación hasta el diluvio*, la cual dio pie a una doble, importante polémica de la que enseguida nos ocuparemos. Baste recordar aquí que no se trataba propiamente de una historia sino de un ensayo de filosofía de la historia en clave atomista, y anotar que Álvarez de Toledo, reconocido políglota, gozó de la amistad del deán de Alicante Manuel Martí³¹, en quien el marqués de Villena e Interián de Ayala pensaron en principio para que lo sucediera en la silla académica tras su temprana muerte en 1714.

Siempre al servicio de Felipe V desde el año 1706, Andrés González de Barcia ocupó diversos cargos de confianza en la corte y fue ministro del poderoso Supremo Consejo y Cámara de Castilla, antes de pasar al de Guerra. Pero lo que, sin duda, le abrió las puertas de la tertulia del marqués de Villena fue su condición de bibliófilo. Trabajaría toda su vida en preparar anotaciones a la *Bibliotheca Hispana Vetus* (1672) y *Nova* (1696) de Nicolás Antonio, que fueron incorporadas a las reediciones de 1783 y 1788, y la recién creada Biblioteca Nacional (1712) se enriqueció con la mayor parte de los fondos manuscritos e impresos de su biblioteca particular.

En el ancho campo de la bibliografía y la bibliofilia sobresalió en su dimensión americanista. Basta repasar la obra de Jonathan E. Carlyon para valorarla³². Desde su *Ensayo cronológico para la historia general de la Florida* (1723) —primera obra, por cierto, en la que aparece el término «ensayo»— a las ediciones anotadas de los prime-

ros historiadores de Indias —el Inca Garcilaso, Juan de Torquemada, Gregorio García o León Pinelo—, González de Barcia estudió y difundió una gran cantidad de textos indispensables para el conocimiento de la historia de América, que fueron publicados después de su muerte con el título de *Historiadores primitivos de las Indias occidentales* (1749). En el conjunto de los tertulianos del palacio de las Descalzas, suponía la referencia a lo que iba a ser preocupación fundamental de la Academia: la atención a la producción literaria americana.

En 1721 escribe Gregorio Mayans a su padre: «El m[aestro] Ayala, mercenario es uno de los primeros sujetos que tiene España [...]. Es catedrático jubilado de Salamanca, y tiempo ha que está en la Academia Real de Madrid con grande veneración del duque de Escalona en cuya casa se tiene la Academia»³³. En efecto, fray Juan Interián de Ayala fue desde el principio uno de los contertulios más próximos al marqués. Doctor en Artes y Teología por Salamanca, de uno de cuyos colegios fue rector, ocupó las cátedras de Filosofía, Teología, Artes, Elocuencia y Lenguas Sagradas. Mestre ha estudiado la larga correspondencia que sostuvo, primero con el deán Martí y después con Mayans³⁴. Le alabó aquel una temprana imitación de Horacio —un poema de cien versos latinos— en que glosaba la poética del gran lírico y, carta a carta, se va trasluciendo la figura de un humanista que lamentaba no haber tenido una buena formación filológica y acusaba a los jesuitas de haberle enseñado el latín que no sabían. Martí reconoció que Ayala había escrito algunos versos latinos buenos, «que es más fácil que escribir prosa», y dudó si incluir en su colección de epístolas latinas alguna carta de Ayala, cosa que al final hizo. El mercedario publicó su creación literaria en lenguas clásicas en 1729 bajo el título de *Humaniores atque amoeniores ad Musas excursus*. Entre los poemas amenos figura uno dedicado al chocolate —«Nigri pocula nectaris beati»—, que, por cierto, será objeto de fruición y regalo muy académico, según se verá.

Valoraciones de excelencia aparte —la que Martí exigía era la requerida en la creación neolatina—, queda claro el ambiente huma-

nístico en que Interián de Ayala se movía y que contagió a la tertulia de Villena. La bibliografía confirma su influencia en la reforma de la oratoria sagrada³⁵ y en la configuración de una estética, que, más allá de la literatura, alcanzaba a las artes plásticas, y que, en definitiva, avala la tesis de Russell Sebold, según el cual puede considerársele un precursor de Luzán. Su actitud de novator se extendió a la reforma de los estudios y a la defensa de la lectura de la Biblia en lengua vulgar, para lo que se apoyaba en los humanistas cristianos del siglo XVI, y especialmente en fray Luis de León. No ocultaba en esta línea su admiración por la libertad de espíritu que se respiraba en Francia y que le animó a traducir en 1718, por indicación de Villena, el *Catecismo histórico* de Claude Fleury, muy admirado por los novatores.

Evidenciando una variedad de actitudes de pensamiento en el seno de la tertulia de Villena, junto a los eclesiásticos Ferreras e Interián de Ayala, figuraban dos jesuitas del Colegio Imperial de Madrid, una institución que había promovido Felipe IV y que, según el plan fundacional de 1625, tenía por finalidad principal «educar a los hijos de los nobles futuros gobernantes del país y modelos de sus conciudadanos»³⁶. Como es sabido, su creación suscitó una oposición decidida y duradera por parte de las universidades, encabezadas por Salamanca y Alcalá³⁷. La Universidad de Lovaina envió a Jansenio, quien advirtió que los jesuitas eran contrarios a santo Tomás y en la moral, de ordinario, relajados y licenciosos; al saberse vigilado por la Inquisición salió de España con urgencia.

El Colegio, en realidad un Estudio General, comienza su rico programa de enseñanza en 1629, celebrado por un laudatorio poema de Lope de Vega, «Isagoge». Sus diecisiete cátedras abarcaban desde la erudición, entendida como ciencia de interpretación crítica, a la filosofía y teología, pasando por las lenguas orientales y las clásicas; las matemáticas, que incluían astronomía, astrología y, de otro lado, la geometría y geografía; ética y política —Aristóteles, armonizando la razón de Estado con la conciencia, religión y fe católica—; el arte militar; zoología, botánica y mineralogía; sectas filosóficas; teología moral, y Sagrada Escritura «para interpretalla a la letra».

Con ese esquema ajustado a la *Ratio studiorum* gobernarán los jesuitas la cultura española hasta mediados del siglo XVIII. De sus filas salían confesores regios de enorme poder, predicadores reales, censores de libros, ministros del Santo Oficio, miembros de Juntas y del Consejo de Estado. Y académicos. En la tertulia de Villena estaban los jesuitas Bartolomé de Alcázar y José Casani, y poco más tarde se incorporará el padre Carlos de la Reguera, profesores todos ellos del Colegio Imperial. Bartolomé Alcázar ocupó las cátedras de Retórica y Matemáticas y su *De ratione dicendi* conoció ediciones en Mantua (1681), Madrid (1689) y Turín (1689). Publicó las *Institutiones latinae* de Nebrija restableciendo el texto original y, de acuerdo con la metodología jesuítica de enseñanza del latín —que tantas reservas ofrecía a los humanistas como Martí, Mayans o Interián de Ayala, y que, entre otras cosas, sacralizaba los textos paganos de los autores clásicos volviéndolos «a lo divino»—, redactó *El perfecto latino*. En la línea de la cultura enciclopédica que por doquier se postulaba como objetivo, en colaboración con Jacobo Kresa dio a luz diversos estudios en las jesuíticas *Mémoires de Trévoux* (1704) y tradujo la *Astronomia Europaea* de Fernando Verbiest, al tiempo que elaboró la *Chrono-historia de la Compañía de Jesús en la provincia de Toledo* (1710).

Un perfil análogo presenta José Casani, alumno y más tarde profesor de Matemáticas en el Colegio Imperial. También él atendió a la crónica y a la historia de su congregación en los tres volúmenes de las *Glorias del segundo siglo de la Compañía de Jesús* (1734-1736) y en la *Historia de la provincia de la Compañía de Jesús del nuevo reyno de Granada* (1741). Y, en la vertiente científica, publicó el *Tratado de la naturaleza, origen y causas de los cometas*, donde, de acuerdo con los planteamientos del jesuita Riccioli, cataloga todos los que se han documentado y fija el «método de observar astronómicamente sus lugares aparentes». Él mismo aparece citado en la *Histoire de l'Académie Royale des Sciences*, el año 1706, como observador, desde el Colegio Imperial, del eclipse de sol que se produjo ese año.

En 1705 fue nombrado Casani calificador del Santo Oficio. Allí destacó por su cerrada defensa de los bolandistas que, aplicando el rigor del método histórico positivo, se dedicaban a limpiar el martirologio cristiano de las milagrerías y falsedades que infestaban las vidas de santos, reales o ficticios. Pero, al mismo tiempo, fue un duro adversario del jansenismo de Bernardo van Espen en los puntos claves de su doctrina.

Cierra la galería de los primeros asistentes a la tertulia del marqués de Villena don Antonio Dongo Barnuevo, un hombre de la alta administración de la corte y del Gobierno de Felipe V, a quien en la guerra de Sucesión ayudó de manera personal cuando se produjo la sublevación del reino de Valencia. El rey lo nombró bibliotecario real, lo que suponía un reconocimiento público de su significación en el mundo cultural. De hecho, se conservan poemas suyos, como el dedicado a sor Juana Inés de la Cruz³⁸, y participó con una carta en la edición de los *Diálogos filosóficos en defensa del atomismo*, de Juan de Nájera, central en la polémica de los novatores.

Creo que bastan estas pinceladas para comprender que los ocho miembros de la tertulia inicial y, como veremos, los tres añadidos en 1713 suponían bastante más, individualmente y como grupo, de lo que Lapesa decía. A la vista de la solicitud del marqués de Villena, hablará después la cédula real que aprobará la institución de la Academia de «*diferentes personas de calidad, y consumada erudición en todo género de letras [que] deseaban trabajar en común [...] interesándose tan principalmente en esto el bien público, la gloria de mi reinado, y honra de la Nación*»³⁹. Subrayo por mi cuenta cinco elementos significativos en relación con la semblanza de los fundadores: la noción de pluralidad en cuanto al perfil personal y a la procedencia geográfica; el reconocimiento de una categoría individual de excelencia acreditada; la apertura a la universalidad enciclopédica de conocimiento, «todo género de letras»; el propósito de trabajar «en común» como una especificidad nueva en el conjunto de sociedades de cultura⁴⁰, y, en fin, el sentido de servicio público y la dimensión de Estado que distingue la tarea conjunta. Eran por todo ello idóneos

para afrontar una empresa que, tal como he apuntado, respondía a unas expectativas concretas: el deseo de crear en España una Academia en la línea de las nacionales extranjeras y acogida al patrocinio de la Corona.

De todo esto debieron de hablar en la tertulia durante los años 1711 y 1712, presuntamente sobre la pauta de la «Academia General de Ciencias y Artes» esbozada por Villena. Y debió de ser entonces, una vez acordado el propósito de constituirse en academia, cuando el grupo de los ocho decidió llamar a algunos más.

Descendiente de uno de los conquistadores de Nápoles, y de familia muy próxima a la corte, don Francisco Pizarro, marqués de San Juan, había sido en su niñez menino de la reina y, más tarde, su mayordomo y caballerizo. Ahora, en 1713, era primer caballerizo de Felipe V y presidente del Consejo de Indias. Muy interesado en la cultura francesa, tradujo la *Cénna*, de Corneille, el *Discours sur l'histoire universelle* de Jacques B. Bossuet y la *Histoire Ecclésiastique* de Claude Fleury, tan del gusto novator.

Don José de Solís y Gante, entonces marqués de Castilnovo, era nieto del duque de Montellano, protector de Álvarez de Toledo y promotor de una tertulia que había frecuentado el propio Villena. Aunque sabemos poco de él, más allá de su consideración como «sujeto de talento y cultura»⁴¹, es probable que ese entorno familiar y diversos vínculos con intelectuales en el ámbito novator influyeran en su incorporación a la tertulia de Villena.

El tercero de los llamados, don Vincencio Squarzafigo, pertenecía a una familia de banqueros genoveses instalados en Cádiz desde el siglo xvi. Su abuelo llegó a ser tesorero general de la Santa Cruzada y, aunque una bancarrota sufrida en 1627 recortó bastante la influencia familiar, continuó su contacto con la corte. A nuestro propósito interesa más, sin embargo, el hecho de que don Vincencio fue alumno desde muy niño del Colegio Imperial, donde, como he dicho, eran profesores los jesuitas Bartolomé Alcázar y Casani. En el «Elogio» que a su muerte pronunció el académico Villegas y Oyarvide, se subraya que Squarzafigo, como buen alumno del matemático jesuita

Kresa, había destacado en el Colegio en geometría y astronomía. Don Vincencio tenía, además, dos hermanos jesuitas. Por todo ello no resulta aventurado pensar que Alcázar y Casani fueron sus eficaces valedores ante Villena.

PROCESO FUNDACIONAL DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Se reunían, pues, los once a partir del mes de junio de 1713 en la biblioteca del palacio del marqués. Tal como explica Casani en la «Historia», «sin observar formalidad en asientos, ni en votos. Reducíanse [las juntas] a tratar las materias que ofrecía la conversación; bien que siempre venían a parar los discursos en que se formase Academia, que tuviese por primero y principal instituto el trabajar un diccionario de la lengua. Esta idea era general; pero ella, y la Academia estaban en un informe embrión, siendo preciso que el desvelo y la fatiga venciesen y allanasen las grandes dificultades que se ofrecían para practicar lo que se ideaba»⁴².

No disponemos de ningún dato que explique por qué y cuándo se decidió reducir el objetivo general de la posible «Academia de Ciencias y Artes» y concentrar todo el interés en la lengua, empezando por la formación de un diccionario. Pero de esa carta de identidad que es la «Historia de la Academia», incorporada al primer volumen de *Autoridades* con otros «Prolegómenos o dissertaciones tocantes a la lengua castellana como *principal instituto de la Academia*»⁴³, y de los documentos que integran el expediente de concesión de la real protección⁴⁴, podemos obtener una visión clara y exacta del proyecto.

Eran novatores, empeñados, en aquel momento de gran decadencia social, en que los españoles cobraran conciencia de su propia historia y del patrimonio de su cultura, y en que España se abriera al diálogo con Europa. Pero eran, además, humanistas y como tales sabían que el Renacimiento había comenzado por colocar la lengua, la gramática en concreto, como base de toda formación y de todo progreso cívico.

Apenas se había perfilado en la tertulia la idea de instituir una academia con ese objetivo, se apresuró el marqués de Villena a explicárselo verbalmente al rey asegurando su licencia. Felipe V le confesó que él había traído de Francia ese mismo propósito. Resume la «Historia» los puntos básicos que regían el proyecto: la conciencia de la necesidad de mostrar a Europa la riqueza de la lengua castellana, falta sin embargo de estudio, y que en el siglo xvii había llegado, como evidencia la lista de grandes autores, «a su última perfección». Convenía por ello fijarla y eternizar «en las prensas su memoria formando un diccionario al ejemplo de las dos celebradísimas Academias de París y Florencia». El asunto urgía más teniendo en cuenta que el primer diccionario monolingüe en romance era obra de un español, Sebastián de Covarrubias, y había merecido universal estimación (1611). Tras él enriquecieron sus respectivas lenguas con sendos diccionarios los franceses, italianos, ingleses y portugueses, mientras, añadían, «nosotros hemos vivido con la gloria de ser los primeros, y con el sonrojo de no ser los mejores»⁴⁵.

Tal *sonrojo* los decide a «ordenar un diccionario, abundante de voces, autorizadas con ejemplos de los mejores autores, claro en la explicación, fácil en el uso, y que supliere lo que en Covarrubias faltase». Y los espolea a poner manos a la obra de inmediato; de tal modo que «para experimentar las plumas, se repartió parte de la letra *A* en sus primeras combinaciones *AB. AC. AD*» que se sortearon entre los presentes para que cada uno la desarrollara «según su método» y «se pudiese elegir después el que pareciese más conveniente para salir al público»⁴⁶.

Les cegaba el entusiasmo. Enseguida se dieron cuenta de que el asunto era mucho más complejo, no solo en lo que atañía al planteamiento lexicográfico sino, incluso, a la organización de la corporación y de su funcionamiento. Acordaron entonces los once nombrar «director y presidente» al marqués de Villena y secretario a Squarzafigo, quien levantó acta por primera vez el 3 de agosto de 1713⁴⁷. Pareció oportuno dar cuenta al rey de lo hasta entonces ejecutado para que lo aprobara y concediera su real protección a la Academia.

En nombre de la corporación presentó en mano el marqués a su majestad un Memorial que recogía el proyecto y las nobles ideas que lo animaban: para gloria del rey y honra de la Nación «trabajar en común a cultivar y fijar en el modo posible la pureza y elegancia de la lengua castellana», y para ello formar «debajo de la real autoridad una Academia Española», compuesta por veinticuatro miembros que gozarían de «los honores y privilegios de criados de su Real Casa»⁴⁸.

El 13 de septiembre de 1713 solicitó el rey el parecer del Consejo de Castilla, que lo evacuó una semana más tarde elogiando el «gran celo y aplicación al trabajo de las letras» del marqués de Villena y suponiendo el de sus compañeros, «aunque no los nombra». Se agazapaba ahí una reserva que se iba a explicitar de inmediato: el Consejo «duda de su efecto en la práctica de esta gran obra», por lo que sugiere al rey que permita «la junta de los celosos académicos en la casa del marqués de Villena, mandándoles hiciesen alguna obra que demostrase su aplicado intento» y la entregasen al rey, «quien en su vista reconocería las precisas calidades de utilidad, necesidad y oportunidad [...] no dudando las contendría todas» y así podría atenderse a «la formación de la Academia y concesión del pedido»⁴⁹.

El 5 de octubre Villena transmite a sus compañeros «haber sabido por noticias extrajudiciales» que el rey ha consultado el asunto con el padre Robinet, su confesor, el cual le ha hecho un informe muy favorable, aunque sugiere que los académicos aclaren el grado de criados de la Real Casa al cual aspiran y que es necesario conocer los estatutos que han de regir la nueva institución. Se encargó a Gabriel Álvarez de Toledo un borrador⁵⁰ que fue discutido el 13 de octubre. En él se explicaba que «lo que pretende de S. M. la Academia es que se digne recibirla debajo de su protección, aprobándola con su real despacho, y no solicita en común ni en particular gajes, inmunidades ni privilegio alguno, sino el honor de trabajar en este asunto que puede en su grado contribuir a la gloria del reinado de S. M. y a la utilidad de la Nación»⁵¹. La pregunta no llegó a formularse y Felipe V se mostró muy generoso.